

cultades y obstáculos, hasta que al fin, en el año antedicho, con el favor del arzobispo Don Juan de la Serna y del virrey marqués de Guadalcázar, devotísimos ambos de la Santa, lograron ellas ver realizado su deseo. Habían ya previamente, un decenio antes, obtenido del Papa Clemente VIII un Breve, que incorporó á todas las carmelitas descalzas de América «en todas las gracias que goza el cuerpo de la Reforma», según asevera la Crónica de la Orden<sup>1</sup>. Contaban además con el cuantioso legado de Juan Luis de Ribera, hidalgo riquísimo de Méjico, que había dejado por testamento unas casas suyas en el centro de la ciudad para la fábrica del convento é iglesia, con mil ducados de renta anual, y cuatro mil de una vez para ornamentos. Lo más sorprendente fué que en ese mismo sitio de la nueva fundación, unido con el de la catedral y el palacio arzobispal, había existido antes de la conquista española, en tiempo del gentilismo, el templo más grandioso de los aztecas, donde solían ofrecerse al ídolo infernal corazones palpitantes arrancados de pechos humanos, y junto al cual para su servicio vivían recogidas las doncellas escogidas á manera de las vestales romanas. Estos lugares, pues, un tiempo dominados por el demonio, los consagró la religión al Dios de paz y de amor, y luego levantó el sagrado recinto de las vírgenes que ofrendarían voluntariamente sus corazones á su Esposo Divino para la salvación del mundo. El nuevo edificio se trabajó con entusiasmo extraordinario aun de parte de los indios; y cuando ya estaba á punto de concluirse, el arzobispo con muy solemne pompa vistió el hábito de carmelitas descalzas á las dos mencionadas religiosas. Por último, refiere la Crónica, «todo así dispuesto, se ordenó una procesión general, á que concurrieron los Señores Virreyes, el Arzobispo, y los dos

<sup>1</sup> «Reforma de los Descalzos», t. VI, l. xxvi, c. 26, en el cual se halla lo relativo á este primer monasterio de San José de Méjico.

Cabildos, toda la nobleza y plebe de Méjico; y desde la catedral se llevó el Santísimo Sacramento al nuevo convento con la pompa posible, y en la procesión iban las dos nuevas carmelitas descalzas, cubiertos sus rostros con los velos, y acompañadas y favorecidas de la Virreina y de dos hijas suyas, que cada una llevaba de la mano á una carmelita descalza. La ostentosa majestad de esta función, que no ha tenido Méjico otra igual, conmovió tanto los ánimos hacia la devoción, que se originaron muy apreciables efectos. El uno, de pretensoras para el hábito; y el otro, de tan numerosas limosnas, que solían quejarse las religiosas primitivas á Dios, de que no las dejaba gustar de la pobreza.» Acaeció esta solemne inauguración en 1.<sup>o</sup> de marzo de 1616.

Este monasterio de San José floreció mucho, al igual del de la Puebla; y cuando, en 1657, se fundó el segundo de la ciudad de Méjico, comenzó á denominarse Santa Teresa la Antigua, y estotro Santa Teresa la Nueva, con cuyos nombres se conocen hasta el día sus iglesias<sup>1</sup>.

Á más de mil leguas de distancia de allí, en el centro del virreinato del Río de la Plata, verificóse la primera fundación de carmelitas descalzas el 7 de mayo de 1628, por empeño y á expensas del capitán Don Juan Tejada. Sentimos no haber obtenido detalles más completos sobre tan importante fundación.

Allá por los años del segundo decenio del siglo xvii, residía en Cartagena el Doctor Don Agustín Ugarte y Saravia, enviado por el rey como comisario del Santo

<sup>1</sup> La «Reforma de los Descalzos» (t. VII, l. xxvii, c. prelim.) señala otra fundación, de 1659, en Méjico mismo; creemos que realmente no es otra que la de 1657, como también resulta de la lista que traen los Padres Bolandistas; pero en verdad hay un tercer monasterio de carmelitas en esa capital, fundado en estos últimos años; así que, aunque escondidos y sólo tolerados, subsisten allí tres Cármenes, que son prenda y esperanza de mejores días para esa atribulada Iglesia.

Oficio: era sacerdote virtuoso y docto, oriundo de la provincia de Burgos, amigo de San Pedro Claver, y en su mocedad, cuando estudiante, debió de haber conocido á la santa Madre Teresa de Jesús, de quien se profesaba gran admirador y devoto. Y así lo probó con los hechos; pues á él se deben las dos fundaciones siguientes, de que vamos á hablar.

Nombrado obispo de Chiapas, y luego después de Guatemala, el Ilmo. Señor Ugarte gobernó esta importante diócesis más de diez años, dejando allí como recuerdo de su devoción á María la iglesia de Nuestra Señora del Carmen. Trasladado á la sede episcopal de Arequipa, tuvo á poco oportuna ocasión de manifestar su decidido afecto por las hijas de Santa Teresa de Jesús. Ciertamente, desde 1620 Don Diego de Mayuelo había tratado de fundar un monasterio de carmelitas descalzas en Lima, con cédula real de Felipe III. Sus herederos, Doña Catalina y el presbítero licenciado Francisco de Mayuelo, viendo en 1642 que aun no se había hecho nada á ese respecto, obtuvieron dos autos favorables del arzobispo Don Pedro de Villagómez; pero acudieron al obispo de Arequipa, para que les ayudase en la fundación, «porque de no hacerlo, no tendría efecto». El señor obispo, por escritura firmada en Lima á 22 de marzo de 1643, donó para la deseada fundación la suma de 58.000 pesos, y se comprometió á traer del convento de Cartagena á las tres fundadoras, que fueron las Madres María de San Agustín su sobrina, Juliana de la Madre de Dios y Mariana de la Purificación, como lo verificó aquel mismo año; y así quedó fundado el primer Carmelo del virreinato del Perú, que se ha conservado hasta nuestros días, y de donde salió el siguiente del cual vamos á hablar especialmente por ser legado de una santa.

Trasladado entonces á Quito, á pesar de su mucha edad, el Ilmo. Señor Ugarte, en el poco tiempo que

gobernó esta su última diócesis, entre otras cosas con que dejó gratísimo recuerdo de su episcopado, resolvió y preparó el establecimiento del monasterio de carmelitas, obteniendo cédula real de Felipe IV, datada en Madrid á 2 de abril de 1651; y aunque no logró ver verificada esta fundación, puede con toda justicia llamarse suya, por cuanto que para ella legó 70.000 pesos, encargándola encarecidamente á su prima y albacea Doña María de Saravia. Parece, en verdad, que el celosísimo prelado no fué llevado por Dios á Quito, donde pocos años antes había brotado y tronchádose en aras del amor divino la hermosa y fragante azucena de la Beata Mariana de Jesús, sino para realizar el vivísimo anhelo y maravillosa profecía de esta bienaventurada virgen. Varias veces durante su vida había pronosticado prolijamente la admirable doncella, que su casa habría de convertirse en monasterio de carmelitas descalzas, señalando con el dedo dónde estarían la iglesia, el coro, la puerta reglar y demás oficinas; y hasta en su lecho de muerte aseguraba lo mismo, y decía que, á suceder eso en vida suya, sería ella la primera en ingresar y vestir el hábito de carmelita, y suplicaba á sus parientes que no se deshiciesen de la casa mientras eso no se cumpliera. *Casa de oración* llamaba desde entonces el pueblo á esta mansión bendita, donde no sólo Mariana, sino también sus hermanas y sobrinas, atraían las miradas del Altísimo y edificaban á la ciudad entera: casa predestinada, en la cual el Amante Divino de las almas puras ha encontrado ya durante más de tres siglos en quienes poner sus delicias. No es posible alargarnos aquí, por más que nos atraiga esta fundación, una de las más notables y memorables de la Orden del Carmen, por haber sido en cierto modo, como hemos dicho, obra de una santa, huerto ameno y oloroso, escogido y cercado por el mismo Dios. Sólo diremos que, muerto el Ilmo. Señor Ugarte y Saravia,

ejecutó fácilmente su prima sus últimas voluntades: obtuvo que la propia sobrina del celoso prelado y fundadora del convento de Lima, Madre María de San Agustín, viniese á Quito con dos compañeras más, que fueron las Madres Bernardina María de Jesús y Paula de Jesús María. Salieron, pues, de la Ciudad de los Reyes, navegaron por el Pacífico hasta Guayaquil, y de allí subieron valerosas por los caminos difíciles de la cordillera hasta Quito, donde mientras tanto en la casa, y muy singularmente en el aposento de la Beata Mariana de Jesús, manifestaba su gozo el Cielo con diversos prodigios, que constan comprobados en el proceso de su beatificación. Instaláronse las tres fundadoras provisionalmente, el 4 de febrero de 1653, donde quiso el presidente de la real audiencia; mas éste falleció, y ellas, al cabo de un año, por trazas visibles de la Providencia divina, fueron á establecerse en la propia casa de la Beata Mariana de Jesús; y cooperando unos ó resistiendo otros, sin saberlo, á los pocos años vieron todos con admiración que las cosas habían pasado y el monasterio se había construído, tal como predijo la sierva de Dios. En la primera comunidad allí reunida estuvieron juntas tres sobrinas carnales de la Beata, y una bisnieta de Don Lorenzo de Cepeda, la que mencionamos en el capítulo anterior. Y desde entonces no han faltado dignas sucesoras suyas, y el Carmen de San José de Quito ha sido siempre objeto de edificación para toda la república, que en él mira el legado sagrado y la prenda viva de su excelsa patrona, su gloria más pura y su baluarte más poderoso, á la que el Ecuador católico espera venerar presto con el nombre de Santa Mariana de Jesús.

Prosperó tanto y tuvo tanta aceptación este monasterio quiteño, que á los pocos años, en 1669, salió de allí con dos compañeras la Madre Bernardina, que había sido el alma de esta primera fundación, á fundar otro en Lata-

cunga, con cédula real del 27 de noviembre de 1662 y el favor del célebre obispo Don Alonso de la Peña Montenegro, que ayudó con 20.000 pesos. Hízose muy bien el nuevo establecimiento, y aún atrajo á los Padres carmelitas de Méjico, según hemos apuntado: mas el terremoto de 1698 arruinó por completo al primero. Refugiáronse las religiosas en Quito, y estuvieron en la casa que hoy es hospicio de San Lázaro, hasta que el venerable Señor Don Andrés de Paredes y Armendáriz, uno de los más santos prelados de esta diócesis, les construyó, con su peculio propio, la hermosa iglesita y el convento, que pasaron á ocupar en 1711, y aun poseen actualmente, y quiera Dios no lo pierdan nunca jamás. Las carmelitas de este segundo Carmen de la Santísima Trinidad, que desde aquel entonces se ha denominado vulgarmente de la moderna fundación, han emulado en virtud con sus hermanas de la antigua y guardan como preciosa reliquia la última carta remitida por Santa Teresa de Jesús á América.

El 1º de diciembre de 1682 fundóse á su vez el primer Carmen de Cuenca, en el Ecuador, bajo la advocación de la Asunción de la Santísima Virgen y el patrocinio de San José, con cédula real de Carlos II, fechada en Aranda del Duero, á 25 de noviembre de 1679. Las cuatro fundadoras salieron asimismo del Carmen de San José de Quito, y entre ellas fueron una sobrina de la Beata Mariana de Jesús, la Madre Andrea de la Santísima Trinidad, y una sobrina nieta, la Madre Catalina de los Ángeles, que fué la primera priora y murió en olor de santidad, imitando á su santa tía.

Quiteño fué igualmente el fundador del Carmen de San José en la capital del Alto Perú, hoy república de Bolivia, en la ciudad antes llamada Chuquisaca y actualmente Sucre, con el nombre del heroico general de la Independencia, vencedor de Pichincha y Ayacucho. Ése fué el in-

signe arzobispo de aquella arquidiócesis de la Plata ó de Charcas, el Ilmo. Don Fray Gaspar de Villarroel, quien por autoridad pontificia de Alejandro VII y con licencia del rey Don Felipe IV fundó este monasterio, el 11 de octubre de 1665, con tres monjas profesas de coro y una hermana conversa, venidas del convento de Lima. La primera priora fué la Madre Antonia Teresa del Espíritu Santo, que después pasó de fundadora al Cuzco; porque este bendito monasterio, aun hoy existente, fué un seminario de otras fundaciones tan importantes como la antedicha y las de Potosí, la Paz y Cochabamba en Bolivia, y la primera de Santiago de Chile.

Antes de hablar de estos nuevos Carmelos de la América meridional, recordemos la fundación del único que existió en la central y por desgracia ya no subsiste. En la antigua Guatemala habíase fundado, como hemos dicho, una iglesia de Nuestra Señora del Carmen, cuya devoción por tanto era muy popular; pero no pudo realizarse la deseada fundación del monasterio de carmelitas hasta el año de 1667, en que vinieron del de Lima las tres fundadoras, de priora la Madre Ana de San Joaquín, traídas por el Padre Bernardino de Olando, sacerdote de la congregación de San Felipe Neri. El 29 de septiembre del dicho año tomaron posesión de su convento é iglesia provisional, siendo conducidas desde la catedral en solemne procesión, á que asistieron el clero, comunidades y real audiencia, trayendo el Señor Obispo el Santísimo Sacramento, y los sacerdotes las imágenes de San José y Santa Teresa. La iglesia del antiguo monasterio se concluyó, bendijo é inauguró el 12 de abril de 1687; pero, lo mismo que el convento, fué destruida con toda la ciudad en el tremendo y célebre terremoto del 29 de julio de 1773. Guatemala se reedificó en otro sitio más cómodo y seguro, donde aún existe, y allí se reconstruyó el monasterio de carmelitas

con su linda iglesia, que, reparada más de una vez después de los temblores de tierra, aun hoy es una de las más elegantes de esa capital.

Las carmelitas gozaron apenas un siglo de su nueva casa; pues el 3 de mayo de 1874 fueron, con todas las demás monjas de Guatemala, víctimas inocentes del impío y bárbaro decreto del famoso dictador Rufino Barrios, que dentro del perentorio término de doce horas sacó de sus asilos á las religiosas, las despojó de sus bienes, y como enfurecida fiera arrasó todos aquellos verjeles de las flores más preciosas del cristianismo. Las carmelitas se dispersaron; unas se refugiaron en los monasterios de España, otras permanecieron en el país, viviendo como particulares, pero practicando en el mundo las virtudes del claustro y orando por su desgraciada patria. Hoy, al cabo de treinta años, casi todas han volado ya al cielo; y Guatemala, sin monasterio alguno, pero con muchos cuarteles, gime aún bajo lo que se llama gobierno liberal y no es otra cosa que la más desenfrenada tiranía, escándalo del Nuevo Mundo. Mas los pueblos se purifican por el dolor, lo mismo que los individuos; y todos esperamos y pedimos al Señor para aquella atribulada Iglesia días de paz y prosperidad, después de tan larga persecución.

Mucho tiempo había sido también deseada la fundación del Cuzco, pues ya en 1651 se obtuvo cédula real para ella; mas, por varios contratiempos, se retardó hasta que Don Antonio de Zea, caballero de Santiago, y su esposa Doña Ana María de Urrutia, en 1666, se presentaron á la reina regente Doña Mariana de Austria y obtuvieron nueva cédula; compraron las casas que eran necesarias, edificaron la iglesia é hicieron donación de una gran parte de sus bienes para dotar con largueza la nueva fundación, en la cual se interesó mucho el obispo Don Bernardo Izaguirre; mas, promovido al arzobispado, no se verificó aquélla, sino en sede vacante, por autoridad del

deán y el cabildo eclesiástico. Con la Madre Antonia Teresa del Espíritu Santo vinieron de la Plata dos carmelitas profesas y dos novicias; en el camino se les agregó y vistió el hábito otra; y ya en el Cuzco, á 22 de octubre de 1673, cuando se puso la clausura y se colocó el Santísimo Sacramento en una capillita provisional, el provisor y vicario Doctor Don Ignacio Gastelvi dió el hábito á otras tres novicias, tan entusiasta se mostraba aquella piadosa sociedad de la antigua metrópoli de los incas. Así que desde el primer día estuvieron nueve religiosas en este monasterio de San José de carmelitas descalzas, á quienes el pueblo, como en otras partes, conoce con el nombre de teresas.

En la región central del Perú, en la antigua ciudad de Huamanga, hoy llamada Ayacucho, por la célebre victoria del general Sucre, que no lejos de allí coronó la independencia sudamericana hace ochenta años, se fundó en el de 1683 otro monasterio de carmelitas. Vinieron tres fundadoras con varias novicias de Lima; hacía de priora la Madre Clemencia Teresa de San Bernardo. Durante veinte años habitaron una casa, que es hoy hospicio, mientras se les construía otra adecuada, y su propia iglesia. Carlos II, rey de España, había permitido esta nueva fundación por cédula del año 1678; y se llevó á efecto por la generosa iniciativa del Doctor Don Juan de la Maza Quijano y la cooperación de sus hermanos: legó aquél su finca. Entre todos aseguraron 70.000 pesos: Don Felipe Ivarsábal dió 54.000, y el Ilmo. Señor Obispo Don Sancho Andrade 14.000. Tal era el entusiasmo de nuestros mayores por tener junto á ellos una casa de oración. Por fin, el 15 de octubre de 1703, el Ilmo. Señor Don Diego Ladrón de Guevara, otro bienhechor del monasterio, consagró su iglesia, y el 20 trasladó allí á la monjas. Séanos permitido reproducir *in extenso* el relato candoroso y tradicional de

aquella fiesta, solemne cual ninguna, que duró varios días y da idea de lo que debió pasar en las otras fundaciones de aquella época: nuestros benévolos lectores no se enojarán de presenciar una escena de la colonia española en el siglo XVIII, descrita y fotografiada, dirémoslo así, á lo vivo.

«Á los 18 del mismo mes y año (octubre de 1703), día jueves, determinó S. Sría. Ilma. trasladar á las Madres y religiosas al nuevo convento; y fué, acompañado del Cabildo Eclesiástico, curas y vicarios, en calesas y coches, al hospicio donde estaban y habían vivido dichas Madres y religiosas cerca de veinte años; y fueron saliendo, y poniéndose en las calesas tres religiosas y un sacerdote, y en la última el Ilmo. Señor Obispo con las tres Madres fundadoras; advirtiéndose que en este número había diez y seis monjas y dos novicias para coristas. En esta conformidad, y concurso de mucha gente de todo sexo y edad, fueron conducidas al palacio episcopal, donde comieron de regalo en la sala de recibimiento, asistiendo solamente á la mesa S. Sría. Ilma. y el Cabildo Eclesiástico; y habiendo acabado de comer las Madres y religiosas, salió el Ilmo. Señor Obispo á la antesala donde estaban el Cabildo Secular y caballeros convidados, con quienes comió y se mostró muy gustoso por haber conseguido lo que tanto deseaba. Sobre tarde, como á las cuatro y media, en la misma forma arriba expresada, las llevó por las calles principales para divertir las<sup>1</sup>; después fueron á la Santa Iglesia Catedral, donde S. Sría. Ilma. y las dichas Madres y religiosas hicieron oración, y habiendo acabado pasaron al monasterio de Santa Clara, donde se quedaron y estuvieron los días viernes, sábado y domingo siguiente hasta las tres de la tarde; que fué S. Sría. Ilma. al dicho monasterio de Santa Clara, las sacó y llevó á la Catedral. Y estando en ella dispuso S. Sría. Ilma. una solemne procesión, convidando para ella á todas las religiones, que fueron Dominicos, Franciscanos, Agustinos, Jesuitas, Mercedarios, de la Buena Muerte, de San Juan de Dios y Paulinos, quienes asistieron con sus cruces, y además el Cabildo Secular, y demás caballeros y vecinos de esta ciudad. Como á las cuatro, comenzó la

<sup>1</sup> Cabe bien aquí el célebre lema: *Honni soit qui mal y pense.*

procesión, saliendo de la Catedral por la plaza mayor, con grande veneración y respeto, y repique general de las campanas. S. Sría. Ilña. llevaba á Nuestro Señor Sacramentado, revestido de pontifical, y las Madres, Religiosos, Eclesiásticos y seculares, alumbrando con ceras encendidas, estando los balcones y ventanas con colgaduras, y hechos altares por las religiones cada uno en su pertenencia, en los que dijo la oración del Santísimo. En esta forma fué á la iglesia del monasterio de Santa Clara, y prosiguiendo la procesión llegaron al nuevo del Carmen, y entrando en la iglesia nueva colocó S. Sría. Ilña. á Nuestro Señor Sacramentado en el sagrario del altar mayor, el cual le tenía prevenido nuevo dorado á su costa. Acabada esta función, llevó á las Madres y religiosas á la portería, y las mandó entrar á todas las Madres y religiosas; á la M. Clemencia Teresa de San Bernardo, Priora, entregó las llaves del monasterio, encargándoles guardasen clausura desde aquel día, que fué el 21 del mismo mes y año. Luego S. Sría. Ilña. pasó á la iglesia é hizo las vísperas de pontifical, y ordenó que la dedicación de la nueva iglesia fuese con octavario, y se continuó con mucha solemnidad, diciendo el primer día misa pontifical S. Sría. Ilña., predicando el Sr. Arcediano, con asistencia del Cabildo Eclesiástico y secular, y personas devotas, hasta el cumplimiento del día octavo, que fué el 29, en el que volvió el Ilño. Señor Obispo á celebrar misa pontifical, dedicando la fiesta á su costa.»

En 1706 llegó una bula de Roma, aprobando la fundación de este monasterio, que se denomina de San Francisco de Borja.

El convento del Carmen de San José se fundó, el año de 1687, en Potosí, entonces ciudad riquísima, con cédula real de Carlos II, expedida en Madrid á 6 de julio de 1684. Los tres fundadores y patronos de esta casa fueron el presbítero Don José Fernández Lozano y los caballeros de la Orden de Santiago Don Juan Urdinzo y Don Lorenzo Harriondo y Oquendo. Las cuatro primeras religiosas vinieron, como hemos indicado ya, del monasterio de la Plata; la principal fundadora también de esotro era la

venerable Madre María Josefá de Jesús, que murió en Potosí en olor de santidad, y cuyo cuerpo se conserva aún incorrupto en el coro bajo, teniéndole todo el pueblo grande veneración.

El Carmen de San José en Santiago de Chile es asimismo de aquella época. «Fué autorizada su fundación en 1681 por el Ilño. Señor Fray Bernardo Carrasco de Saavedra, á instancias del Padre Fray Juan de la Concepción, carmelita, á fin de satisfacer y desagraviar á Dios nuestro Señor por las profanaciones cometidas en la Serena por los piratas ingleses, comandados por Bartolomé Sharp, que ocuparon como cuartel la matriz y profanaron los altares y vasos sagrados.» En 17 de julio de 1684 se expidió la cédula real autorizando la fundación, para la cual cedió su casa el capitán Francisco Bardeni, y trabajaron los vecinos y soldados. Las tres Madres fundadoras, haciendo de priora la Madre Francisca Teresa del Niño Jesús, salieron de Chuquisaca ó la Plata, en mayo de 1689, y vinieron acompañadas del gobernador Don Gaspar de Ahumada, cuyo parentesco con la familia de Santa Teresa no nos es dable comprobar. Al cabo de un viaje largo y penoso estuvieron á fines del año en Santiago, y el 6 de enero de 1690 tomaron posesión de su nueva casa, y dieron principio á esta comunidad, que es una de las más distinguidas de América y sumamente considerada en la capital chilena.

Si volvemos hacia el norte del continente, hallaremos que en ese mismo año de 1690, en el mes de mayo, se inauguró el monasterio de Guadalajara con las monjas fundadoras salidas del de Puebla: esta fundación había sido aprobada por el rey desde tres años antes; era la cuarta en el virreinato de Nueva España.

Así pues, al terminar el siglo XVII se habían fundado diez y ocho monasterios de carmelitas descalzas en la

América española; más numerosas aún debían ser las fundaciones de los siglos XVIII y XIX.

La serie de éstas comienza con la de la Habana, realizada merced al celoso obispo Don Avelino, quien pidió para ello algunas religiosas carmelitas á la priora de Cartagena de Indias. Perpleja la priora sobre quiénes había de enviar, púsose en oración, según refiere una tierna tradición de aquel monasterio, y al salir del coro vió á nuestro Señor Jesucristo que iba con la cruz á cuestas recorriendo el claustro y visitando tres celdas distintas una tras otra. Desapareció la visión, y la priora, conmovida, estimándola un aviso del cielo, sin vacilar escogió á las tres monjas que ocupaban aquellas celdas, y á no dudarle eran escogidas por el mismo Señor para aquella primera fundación de la isla de Cuba. Fueron las Madres Catalina Ángela de San Alberto, Bárbara María de la Santísima Trinidad y Bárbara María de Santa Catalina, que salieron de Cartagena de Indias el 24 de noviembre de 1701, y se posesionaron el 18 de marzo de 1702 de su nueva casa de la Habana, que les tenía preparada el piadoso prelado. En el siglo siguiente debía este monasterio dar asilo á las carmelitas exclaustadas del continente, en especial á las de Cartagena.

El virreinato del Perú fué el que primero disfrutó de las ulteriores fundaciones de carmelitas.

Ya desde fines del siglo anterior, había establecido la piadosísima matrona guayaquileña Doña Antonia Maldonado y Mendoza un beaterio en Lima, con ayuda del capitán Don Roque Falcón. Al cabo de algunos años, cediendo á las inspiraciones apremiantes de la gracia, convirtió ese instituto en un verdadero monasterio de estrictísima observancia; escogió para ello la regla de Santa Teresa, y descalzándose ella misma y vistiendo el hábito carmelitano, tomó el nombre de Madre Antonia Lucía del

Espíritu Santo, y allí murió con grande fama de santidad, el 17 de agosto de 1709. Había nacido en Guayaquil, el año de 1646. Quedó, pues, fundado el nuevo convento de carmelitas descalzas, conocido hasta el día bajo el nombre de Nazarenas, para el cual el Señor Arzobispo Don Antonio de Soloaga pidió la confirmación pontificia, y en efecto lo aprobó, el 26 de agosto de 1727, el Papa Benedicto XIII.

En la segunda ciudad del Perú, la católica Arequipa, no podía faltar una casa de carmelitas. Habíanla preparado dos señores canónigos y un fervoroso seglar, donando los primeros la suma de 90.000 pesos y el segundo sus propias casas y hacienda. Mas como esto no bastaba aún, Dios hizo que fuese de corregidor á aquella ciudad un pariente de Santa Teresa de Jesús, según es fama, Don Bartolomé Sánchez Manchego, quien tomó á cargo el trabajo, lo activó y llevó á cima; de suerte que el 23 de noviembre de 1710 las tres fundadoras venidas del Cuzco, haciendo de priora la Madre María de Cristo, arequipeña, ingresaron en la clausura y se posesionaron del monasterio é iglesia denominados de Santa Teresa, con la debida solemnidad y con grandísimo regocijo de todas las clases sociales. De la primera priora cuéntase que Nuestro Señor venció su repugnancia de emprender esta fundación, manifestándosele cargado de la cruz y seguido de un coro de carmelitas; y otra vez, miró ella á lo vivo la figura de Jesús crucificado y veintiuna palomas que volaban á esconderse en el sagrado nido de su corazón. Murió en olor de santidad, y sus hijas desde entonces no han cesado de imitar sus virtudes.

En el Alto Perú, la ciudad de la Paz, hoy la más importante de la república de Bolivia, recibió una colonia de carmelitas venidas de Charcas y Potosí, para el monasterio que acababa de fundar el obispo, Ilmo. Señor Fray